

do, que pretende haberos conocido mucho en otro tiempo. — ¿Puedo preguntaros quién ese oficial? — Se llama el señor de Bethizy. — En efecto, le conozco muy bien, porque ha sido mi coronel y he tenido el honor de servir como soldado raso bajo sus órdenes: declaro que si he llegado á ser algo, lo debo á las bondades, y sobre todo, á los estímulos con que me favoreció ese valiente jefe. Siento mucho que mi posicion oficial no me permita recogerle en el palacio de la embajada de Francia, como hubiera deseado<sup>1</sup>; pero os suplico le digais que Bernadotte, su antiguo soldado, le conserva siempre el mismo respeto y reconocimiento que ántes. » ¿Quién se quedó cortado al oír esta contestacion? El nécio ministro que, creyendo humillar al general frances, le facilitó la ocasion de dar una prueba de la elevacion de sus sentimientos.

### § III. MODERACION DE LOS DESEOS. — DESINTERES.

Hay una noble emulacion que conduce á la gloria por la senda del deber; pero la ambicion, este insaciable deseo de elevarse siempre, y sobre las ruinas de los demas, es un vicio aun mas pernicioso para los imperios que la misma pereza. (MASSILLON.)

Todos debemos contentarnos con nuestra posicion y sacar de ella el mejor partido posible; por dura que sea la condicion del hombre juicioso, siempre encuentra en ella algun consuelo.

Quien se contenta con lo que posee, es suficientemente rico.

Un alma noble solo aprecia el dinero por el buen empleo que puede hacer de él; y se abstiene de todo aquello cuyo origen no sea perfectamente puro.

Si tenéis lo necesario, contentaos con ello. Ni fincas, ni palacios, ni montones de oro pueden curar las enfermedades del cuerpo ni las del alma. (Moralistas antiguos.)

El dinero es buen criado, pero mal amo.... (Adagio popular.)

La avaricia es mas contraria á la economía que la liberalidad. (LA ROCHEFOUCAULT.)

El avaro no se atreve á tocar su dinero, viniendo á ser así su mero guardian, y parece que no goza de otro derecho que del de recrear su vista. ¿Qué fruto saca, pues, de él? (BOSSUET.)

1. El embajador de la República francesa no debía tener ninguna clase de relaciones con los emigrados.

### Cincinato<sup>1</sup>.

Los romanos, en ciertos momentos críticos<sup>2</sup>, eligieron por cónsul<sup>3</sup> á Cincinato, que era el hombre mas célebre de su época por su pericia militar y la sencillez de sus costumbres. Cuando los enviados del Senado y del pueblo fueron á buscarle á su modesta casa de campo, le encontraron surcando la tierra con el arado, y saludándole con el dictado de cónsul, le presentaron el decreto de su eleccion. No conmovió este honor á Cincinato, pero su amor á la patria no le permitia titubear, y aceptó sin vacilar. Al separarse de su esposa la encargó cuidase de su pobre hacienda, y la dijo: «Mucho temo que este año no sean bien cultivadas nuestras tierras. »

Con su prudencia y su energía, consiguió apaciguar los disturbios de Roma, volviéndose en seguida á su retiro á ocuparse de las faenas del campo.

Poco tiempo despues, los sabinos y los ecuos<sup>4</sup> invadieron el territorio romano, y Cincinato tuvo que volver á salir de su retiro; fué nombrado dictador<sup>5</sup> y se le confirió el mando del ejército; alcanzó una victoria completa y cedió á sus tropas todo el botin sin reservar nada para sí.

Quando el Senado recibió la noticia de su brillante hecho de armas, sabedor del modo como habia repartido los despojos el dictador, le ofreció una parte considerable de las tierras conquistadas, con el ganado necesario para su cultivo; pero Cincinato quiso dar un gran ejemplo á su patria, y se negó á aceptar el don, pues á su modo de ver, la pobreza laboriosa es la madre de todas las virtudes.

Entró triunfante en Roma: delante de su carro marcha-

1. Murió el año 438 ántes de J. C.

2. Los ecuos y los volsco cercaban al ejército romano.

3. Los cónsules eran los jefes de la República en Roma. Eran dos que se elegían una vez al año.

4. Pueblos fonterizos de los romanos, que á menudo se hacían la guerra.

5. En los momentos de peligro, los romanos nombraban un dictador, es decir, un jefe, cuya autoridad era absoluta, sin estar sometido á ley alguna y sin que tuviera que dar cuenta de su conducta; su poder solo podia durar seis meses.

ban el jefe enemigo y un gran número de prisioneros cargados de cadenas. Los soldados romanos iban en pos, ceñida la frente con coronas de flores.

Aunque hubiera podido conservar la dictadura durante seis meses, hizo renuncia de ella pocos días después de haberle sido conferida. Semejante moderación, al par que le daba mayor gloria, llevó al colmo el afecto y admiración de sus conciudadanos, pero desentendiéndose de los aplausos con noble corazón, volvió á proseguir sus rústicas tareas.

#### El elector<sup>1</sup> de Sajonia.

[1520.]

Cuando ocurrió la muerte de Maximiliano I, varios pretendientes se disputaban la corona imperial, pero los más poderosos eran Francisco I, rey de Francia, y Carlos II, rey de España. Con el objeto de poner fin á una lucha que podía convertirse en guerra civil, resolvieron los electores excluirlos á ambos por ser extranjeros, y nombrar emperador á un príncipe de su nación, y para ello escogieron de común acuerdo á Federico de Sajonia, llamado el Prudente. Federico pidió dos días para reflexionar, y al tercero, dando las gracias á los electores, les dijo que no se sentía bastante fuerte para sobrellevar tan pesada carga. Inútiles fueron los esfuerzos que hicieron los electores para vencer su resistencia; entonces le rogaron que él mismo designase el nuevo emperador, prometiéndole que darían su aprobación á lo que decidiese. Federico rehusó al principio tan señalada muestra de confianza, pero cediendo al fin á las reiteradas instancias de los electores, se declaró por el rey de España, que en el acto fué proclamado emperador de Alemania, con el nombre de Carlos V.

Los embajadores de Carlos V ofrecieron á Federico, como regalo de su soberano, la cantidad de sesenta mil monedas

1. Los siete príncipes más poderosos de Alemania eran electores, y solo ellos tenían el derecho de elegir

el emperador. La dignidad imperial era entonces electiva.

de oro, que él no quiso aceptar. Al ver su negativa le suplicaron les permitiera distribuir diez mil florines<sup>1</sup> á sus criados. « Dificil me sería, contestó, impedir que mis criados recibieran donativos; pero si llegó á saber que alguno de ellos ha aceptado un solo florin, ni un minuto permanecerá en mi casa. »

#### Teofiláctes.

[871.]

En una batalla que empeñó contra los sarracenos, el emperador Basilio<sup>2</sup> se adelantó de tal manera hácia las filas enemigas, que se vió rodeado, estrechado y acosado á punto de perecer ó caer en sus manos. Mas de repente se presenta un simple soldado que, abriéndose paso á través de los combatientes, admirados de su fuerza prodigiosa y su arrojo, los rechaza, y salva la vida y la libertad al emperador. El agradecimiento de Basilio era tan vivo como fogoso su valor; hizo buscar al soldado por todas partes, el que después de haberle libertado, había desaparecido modestamente; por fin, á fuerza de pesquisas llegó á encontrarle; llamábase Teofiláctes, y el emperador le ofreció magníficas recompensas. « Señor, contestó aquel héroe oscuro, he nacido pobre, y ni mi nacimiento ni mi educación me han puesto en camino de llegar á los altos puestos que os dignais ofrecerme. No tengo ambición; mi mayor bien lo cifro únicamente en haber tenido la honra de haberos salvado del peligro. No obstante, si deseais concederme algun premio por tan sencilla acción, solo os pido algunas fanegas de tierra para sustentar á mi familia. »

El emperador le hizo dueño de una hacienda respetable.

Tiempo después, el hijo de Teofiláctes llegó á ser emperador de Oriente con el nombre de Romano Lecapenes.

1. El florin vale 2 fr. 25.

2. Basilio el Macedonio, emperador

de Oriente. (Véase § X, *Peligros de la Precipitación.*)

## Enrique de Mesmes.

Enrique II<sup>1</sup> quiso nombrar abogado general<sup>2</sup> al virtuoso Enrique de Mesmes, uno de los magistrados mas ilustres de su siglo, á lo que contestó éste que no estaba vacante dicho empleo. « Ya lo está, replicó el rey, porque voy á quitárselo al que lo desempeña. — Señor, respondió Enrique de Mesmes, despues de hacer respetuosamente la apología del magistrado amenazado de perder su destino, ántes que entrar en ese cargo por semejante puerta, preferiria cavar la tierra con las uñas. » Estas palabras convencieron el rey, y conservó en su puesto el abogado general, quien se presentó á demostrar su gratitud á Enrique de Mesmes; pero tal era la nobleza de su corazon, que no podia comprender se le agradeciese una accion que, en su concepto, un deber imperioso le habia prescrito, y al que no hubiera podido faltar sin deshonorarse.

El cardenal de Amboise<sup>3</sup>.

Conocida es la avaricia de muchos propietarios que desean extender y ensanchar sus posesiones, ambicion que algunas veces degenera en verdadera manía. El ejemplo del cardenal de Amboise les enseñará á moderar sus pretensiones y deseos.

Este cardenal, primer ministro de Luis XII y uno de los hombres mas virtuosos de su época, tenia en Normandía una quinta y un campo, que eran todas sus delicias. Deseaba vivamente dar mas extension á su parque, pero una hacienda vecina se lo impedía, estrechándole los límites, y aunque se hubiera considerado dichoso con la adquisicion de esa propiedad, sabia que su vecino la tenia mucho apego, y por esta razon no hacia diligencia alguna para proponerle la venta.

1. Reinó de 1547 hasta 1559.

2. Elevado empleo de la magistratura.

3. Jorje de Amboise (1460-1510), arzobispo de Ruan y cardenal, excelente ministro de excelente rey.

Pero un dia, ¡cuál fué su sorpresa al ver que este mismo vecino fué espontáneamente á proponerle la venta de su hacienda!

« La compraré gustoso, le dijo el cardenal, y me alegro mucho de vuestra proposicion. » Y viendo que su vecino estaba poseido de una profunda tristeza, que en vano procuraba disimular, añadió: « Yo creia que teniais mucho apego á vuestro dominio y que no os decideriais nunca á venderle. »

— Tal era, en efecto, mi resolucion, porque es la herencia de mis padres y pensaba que solo la muerte me separaria de ella; pero mi hija está á punto de contraer un rico matrimonio, y para ello se exige una dote en dinero y no la tengo: sacrífico, pues, mi dicha á la suya.

— Querido vecino, responde el excelente cardenal, renunciando instantáneamente al placer de aquella adquisicion, puesto que vuestra felicidad depende de la conservacion de vuestra quinta, ¿no hallaríais un medio de evitar su venta, sin dejar de dar la dote á vuestra hija? ¿No podríais, por ejemplo, pedir prestada á alguno de vuestros amigos la cantidad que necesitais, devolviéndosela á largos plazos y sin interes? De este modo podríais ahorrar todos los años alguna suma de vuestros gastos, y amortizaríais insensiblemente vuestra deuda. »

— « ¡ Ah, monseñor! ¿Dónde están hoy los amigos que presten esa cantidad con semejantes condiciones? »

— « Tened mejor opinion de vuestros amigos, replicó el ministro, dándole la mano; consideradme como á uno de ellos y aceptad el dinero que necesitais, bajo las condiciones de que acabo de hablaros. » El buen hombre no pudo responder mas que con lágrimas á un proceder tan noble y generoso, y el cardenal parecia estar aun mas feliz que él. « ¡ Qué buen negocio he hecho hoy, decia; en vez de adquirir una hacienda, me he grangeado un amigo!

**Palabras de Bayardo.**

[1476-1524.]

El caballero Bayardo, apellidado *sin miedo y sin tacha*, no solicitó jamas ningun cargo ni empleo, ni ostentó nunca ante el soberano sus largos y gloriosos servicios para obtener una recompensa. « Nuestras acciones, decia, son las que deben hablar por nosotros y pedir recompensas, pues vale mas merecerlas sin tenerlas, que poseerlas sin ser digno de ellas. » Bayardo fué el modelo de los caballeros franceses.

**Respuesta de Menedemo.**

[Siglo III antes de J. C.]

Decia á alguien un dia á Menedemo, filósofo griego: « Es una dicha el tener lo que deseamos. — Mayor dicha es aun, respondió el filósofo, el contentarnos con lo que tenemos. »

**El príncipe jardinero.**

[332 años antes de J. C.]

Prosiguiendo Alejandro el curso de sus conquistas en Oriente, se apoderó de la antigua ciudad de Sidon, que tenia un rey particular bajo la autoridad de los soberanos de Persia. Vencido y expulsado este rey, ofreció entónces Alejandro la corona de Sidon á dos jóvenes del país, que por sus virtudes la merecian, pero á quienes las antiguas leyes de su patria prohibian aceptarla. « La ley, respondieron aquellos jóvenes, no permite que suba al trono ningun hombre que no sea descendiente de la antigua familia de nuestros soberanos. » Alejandro, léjos de ofenderse por tan noble negativa, preguntóles cuál de los descendientes de los antiguos reyes era mas digno de ceñir la corona. Respondiéronle ellos que Abdolonimo.

A pesar de su ilustre nacimiento, hallábase reducido Abdolonimo á una extrema pobreza, y ganaba á duras



El caballero Bayardo.

ARTS Split Pro

penas su vida, cultivando con sus manos un jardinito en los afueras de la ciudad. Pero noblemente resignado á su suerte, trabajaba la tierra con ardor, practicaba todas las virtudes y era feliz.

Fueron á buscarle á su jardinito y le llevaron la diadema de parte de Alejandro, con los regios vestidos, en medio de un gentío inmenso que llenaba el aire con sus vítores. Abdolonimo creyó al principio que estaba soñando, y luego se figuró que aquello era una chanza odiosa para insultarle en su miseria. Cuando se convenció de la realidad, aceptó su nuevo destino, sin apresuramiento ni turbacion, y recibió el cetro y la corona con la misma serenidad que si hubiera tomado la azada.

Al presentarse ante Alejandro, con ademan noble y modesto, le dijo el gran conquistador: «¿Cómo habeis podido soportar tanta miseria, siendo como sois, de régia extirpe? — Así pueda soportar la grandeza, contestó Abdolonimo; con el trabajo de mis brazos he podido hasta hoy socorrer mis necesidades. Nada tenia y nada me faltaba.»

Admirando Alejandro tan elevados sentimientos, le colmó de presentes, y perseverando Abdolonimo en su acostumbrada actividad, no cesó de desempeñar sus deberes, siendo tan laborioso en su dignidad de rey, como lo fué siendo jardinero.

El panadero-poeta.

[Siglo xix.]

En Francia, en la hermosa ciudad de Nimes, vive un hombre á quien el cielo ha dotado de un extraordinario talento para la poesía, pues ha compuesto versos que todos sus compatriotas saben de memoria, entre otros, una elegía intitulada *El ángel y el niño*. Este hombre, llamado Reboul, es panadero, pero muy instruido y de modales muy finos. En vez de salir de su modesta condicion y de recoger aplausos en los salones ó de correr en Paris tras la fortuna y los honores, trabaja como un simple operario,

amasa pan, mantiene á su familia con el sudor de su frente, y solo emplea su talento y sus libros para deleitarse en sus cortas horas de reposo. Dignos son de citarse tales ejemplos, y ojalá ejerzan influjo saludable en los hombres para que agradezcan los beneficios que derrama a Providencia en la vida modesta y oscura, y se persuadan de que el trabajo es santificado ante Dios, honroso para con nuestros semejantes, y al mismo tiempo es fuente del bienestar, salvaguardia de la salud y prenda segura de la felicidad<sup>1</sup>.

El niño contento con su suerte.

El jóven pastorcito Marcelino conducia su rebaño por un monte, y habiéndose internado en las quebradas á buscar una de sus ovejas en un espeso bosque, encontró allí un hombre echado en los matorrales, que parecia agobiado de cansancio y que apenas podia respirar.

«Muchacho, le dijo el desconocido, me estoy muriendo de hambre y de sed. Ayer vine á cazar en este monte, me extravié, y he pasado aquí la noche.»

Marcelino sacó de sus alforjas pan y queso fresco, y dándoselo, le dijo: «Coma y venga conmigo; yo le conduciré hasta una vieja encina, en cuyo tronco hay agua siempre.»

Comió el cazador; fué despues con Marcelino y bebió el agua, que halló excelente; despues de lo cual, el pastorcillo le acompañó hasta la salida del monte.

— «Eres un buen muchacho, le dijo el cazador; me has salvado la vida, pues si hubieras tardado una hora mas, me hubieras encontrado muerto. Ahora deseo demostrarte mi agradecimiento; ven conmigo á la ciudad, soy rico, y te trataré como si fueras mi hijo.

— No, señor, respondió el muchacho, no voy con V. á la ciudad, porque tengo padre y madre, que son po-

1. M. Reboul falleció en 1864. (Nota de los editores.)